

mana nunca agradecerá bastante. Este derecho de gentes es el que hace que, entre nosotros, la victoria deje á los pueblos vencidos estas grandes cosas: la vida, la libertad, las leyes, los bienes, y siempre la religion » (1). El autor del *Espíritu de las Leyes* se hace ilusiones sobre la accion ejercida por el cristianismo, al atribuir exclusivamente á la religion sentimientos que son producto de la civilizacion moderna; ahora bien, en esta civilizacion hay elementos extraños, y alguna vez hostiles á la religion cristiana. No es esto decir que la caridad evangélica haya permanecido inactiva en medio de los horrores de la guerra. Cuando sus intereses ó sus pasiones no se han cruzado por medio, la Iglesia ha predicado siempre la paz. Si ha habido alguna tregua en las incesantes hostilidades de la Edad Media, se debe á la Iglesia. Para hacer sagrada la paz se la atribuyó á Dios. Bajo la influencia de las predicaciones cristianas los sentimientos pacíficos penetraron en las costumbres; á pesar del prestigio que la gloria militar tenía para las razas conquistadoras, la paz fué considerada como un deber para las sociedades cristianas. ¿Qué importa que el pontificado no haya llegado á establecerla? El ideal de la paz ha entrado en la conciencia general. Este es el principio de un movimiento cuya accion se extiende con un poder siempre creciente.

(1) MONTESQUIEU, *Espíritu de las leyes*, XXIV, 3.

LIBRO QUINTO.

LAS RELACIONES INTERNACIONALES.

CAPÍTULO I.

COMERCIO.— COMUNICACIONES.

La religion es esencialmente un vínculo de unidad. En la antigüedad los cultos eran nacionales, particulares, individuales: la division que separaba á los hombres reinaba igualmente entre los dioses. Este principio de aislamiento y de hostilidad impidió el desarrollo de los gérmenes de union que contiene toda concepcion religiosa. En las teocracias, la religion llamada á consagrar las castas levanta entre los hombres una barrera casi insuperable, puesto que es obra de Dios; los extranjeros, considerados como impuros, parecen no pertenecer á la raza humana; no hay vínculo religioso sino entre los miembros de la misma casta. En los pueblos del Occidente las castas desaparecen; el culto, aunque permanece local, tiene algunos elementos de unidad, se extiende á las ciudades, á las naciones. Pero el politeísmo, procediendo de la idea de la pluralidad, no podia fundar la unidad. El cristianismo descansa sobre la unidad de Dios y de la creacion. Este dogma, desarrollado hasta sus últimas consecuencias, no admite division alguna entre los hombres; son todos hermanos, no forman sino una sola fa-